

Mi



Barbero



José Miramón López





MI BARBERO

José Miramón López

PRÓLOGO

Cuando uno se sumerge en los recuerdos del pasado se evocan sensaciones en forma de imágenes, olores, sonidos...etc. en relación con los momentos vividos anteriormente, no reproducibles en la actualidad y cuya añoranza nos llevan a pensar aquello de que cualquier tiempo pasado siempre fue mejor. Sin embargo, realmente lo que añoramos es el paso fulgurante del tiempo sobre nosotros y la esencia de nuestra juventud. Vivimos y morimos al mismo tiempo sin conocer cuando se producirá el desenlace final de esa lucha. Ciertamente que cuanto más vivimos más recordamos y tal vez por ello, más añoremos, pero a su vez, ese pasado no deja de ser el prólogo de nuestras vidas y debemos mantener nuestra vitalidad e ilusión por el mundo que nos rodea en nuestro presente, de lo contrario, pondríamos en peligro nuestro futuro.

A pesar de que el reloj mide con gran exactitud las fracciones del día, no es capaz de medir nuestro tiempo individual, pues no existen parámetros físicos ni matemáticos que permitan su cálculo ya que es imposible mensurar un puro sentimiento fruto de unas variables subjetivas como son el dolor y la felicidad que circundan nuestra vida.

Nos ha tocado vivir en una época donde el sentido de la modernidad y el materialismo dificultan cualquier forma sencilla de vida. Hoy día es difícil vivir sin televisión, sin teléfono móvil o sin ordenador y aunque ello, bien interpretado, pueda significar un avance tecnológico en mejora de nuestra calidad de vida, tal vez no lo sea tanto la depreciación de las cosas que nos rodean, impuesta por la ley de la moda que obliga continuamente a dilapidar en vez de conservar.

A pesar de que en la actualidad existe un claro

sometimiento del hombre hacia las cosas, vivimos en el mundo de lo efímero. El valor sentimental que entraña una posesión es cada vez menos duradero. Nuestro presente se lleva a cabo en un mundo dinámico, diría más, casi vertiginoso, donde el deseo por la abundancia es irrefutable y en el que la frustración y el vacío interior son sentimientos muy comunes del hombre actual. Nunca estamos satisfechos con nuestra suerte. Nos sentimos permanentemente pobres, aunque no míseros, por no poder acceder a las miles y miles de cosas superfluas que nos rodean.

La capacidad de la invención humana dirigida a las necesidades de confort y ocio de nuestra sociedad es extraordinaria y permite que el desarrollo tecnológico al alcance de un ciudadano medio crezca mucho más rápido que la capacidad de aprendizaje del individuo en su manejo. Nos sorprende como nuestros hijos, con apenas unos años, se defienden en la tecnología doméstica con

mucho más soltura que nosotros. Con frecuencia tenemos la sensación de que somos torpes o tal vez, mayores, para el uso de determinados artilugios mecánicos actuales. Es como si la modernidad nos rechazara y empujara poco a poco hacia el abismo extramundano, como si nos quisiera quitar de en medio antes de tiempo, obligándonos siempre a la continua adaptación o por el contrario, al empleo de la inteligencia emocional para esquivarla y de esta manera tratar de sobrevivir dignamente en esta escabrosa selva mundana.

Nada de lo anterior ocurría en la época nuestros abuelos, donde se anhelaba la modernidad, se la esperaba con impaciencia y se la veía venir lentamente, siendo muy bienvenida, impuesta y dosificada con unos criterios de tolerancia humana más racionales, que les permitía disfrutar del placer de los avances de su tiempo, generándoles un sentimiento de orgullo por haberlos

vivido. Ahora es prácticamente imposible estar al día simplemente en el desarrollo doméstico pues la oferta es abrumadora en todos los campos, lo que nos convierte en “incompetentes relativos” provocándonos sentimientos de inadaptación o marginación que nos hacen sentir desplazados prematuramente de nuestra época y no hay nada más duro y desesperanzador que la sensación de no pertenecer a tu tiempo.

En base a las reflexiones sobre todo lo anterior se me ocurrió escribir este pequeño relato que realmente refleja la panorámica del transcurrir del tiempo y la modernidad en mi persona, pasando del mundo sencillo de mi infancia al complejo de la actualidad, teniendo como principal testigo referente a mi barbero, alguien que siempre estaba ahí en lo cercano y en lo cotidiano, gozando de mi máxima confianza en su profesionalidad pero, tal vez, sin ser valorado justamente como persona hasta el mismo

momento en que el destino impuso su obligada ausencia.

La figura del barbero es una invención y no corresponde a ninguna persona concreta si bien he de decir que en ella convergen mezcladas las diferentes personalidades de los pocos barberos en cuyas manos deposité mi cabeza para el rapado de su cabellera.

Si hay que extraer alguna conclusión sobre el mensaje de esta breve historia hay que buscarla en la influencia que sobre el hombre contemporáneo ha ejercido el desarrollo desmedido, con el consiguiente cambio sufrido en su forma de vivir y de pensar, haciendo del individuo un ser más solitario, menos comunicativo, más superficial, con tendencia a mirar más al mundo exterior que a sí mismo, menos libre y más influenciado por las modas y lo superfluo, moviéndose continuamente en el mundo de lo efímero y torturado por el tiempo que mide insistentemente en su reloj.

*A todos aquellos que han compartido
conmigo parte de su tiempo.*

MI BARBERO

¡Mi barbero ha muerto! La triste noticia la he conocido al leer una esquila mortuoria en la puerta de su barbería que me extrañó encontrar cerrada en un día como hoy, laborable, cuando acudí a pelarme.

¡Mi barbero ha muerto! Y este momento luctuoso me sobrecoge y mi alma, y aún más mi cabellera, tienen una angustiosa sensación de orfandad.

¡Mi barbero ha muerto! Y su inesperada pérdida me ha dejado perplejo sin capacidad para reaccionar y sin saber qué hacer en este momento, ante esta adversidad.

Me parece mentira que jamás hubiese contemplado la posibilidad de su ausencia. Ese hombre maduro e impertérrito al transcurrir del tiempo no parecía envejecer

o si lo hacía yo no fui capaz de apreciarlo, tal vez, porque envejecí a su vez ó quizá porque aún siendo alguien esencial y cercano en mi vida, no era un referente familiar como mi padre o mi hijo que me obligan muchas veces a parar el cronómetro de mi vida y contemplarlos para contemplarme a mi mismo.

Hasta donde llega mi memoria, recuerdo que mis primeros cortes de pelo me los hizo en mi casa. Apenas tenía unos años cuando recibía sus servicios a domicilio a donde acudía casi obligado, un poco arregañadientes, de mala gana y sin mucho agrado, por el compromiso que le hacia mi madre a la que estaba muy agradecido por otros favores. Sin embargo, no le gustaba pelar fuera de su escenario y hoy, precisamente hoy, cuando éste se encuentra vacío comprendo el por qué. Recuerdo que yo era tan pequeño que colocaban un banco de madera encima del asiento de la silla para poder sentarme y poner mi pequeña cabecita a la altura justa para que él pudiera

ejercer su arte. Es más, ahora me avergüenzo de haberle arrebatado el protagonismo que merecía al recordar las escenas que yo, principal protagonista en aquellas ocasiones, montaba emitiendo desgarradamente todo tipo de chillidos y alaridos, y bregando con mis padres hasta la extenuación que llegaba precedida de unos cachetes y se continuaba de un amansado llanto, resultado de una doma, que permitía a duras penas colocarme en el lugar previsto para la ejecución del corte de mi pelo, no sin antes atarme con una cuerda al respaldo de la silla y tras ello colocar anudada a mi cuello una sábana blanca que me cubría fantasmagóricamente dejando libre mi cabeza que se veían obligados a sujetar mientras mi barbero ejecutaba con suma habilidad su buen hacer en pro al cambio de mi imagen, como no, siempre al gusto materno, quien indicaba que cortara más de allá o menos de acá o solicitaba un flequillito a lo San Antonio. Mientras, yo permanecía inmovilizado soportando el picor que



producían los cabellos recién cortados pegados a mi cara por las lágrimas y los mocos que en forma de dos velas salían por mi nariz.

Tras finalizar, observaba los restos de mi cabellera desmembrada en el suelo que, con presteza y escobón en mano, recogía mi abuela que siempre acudía a este evento como testigo presencial. Después le pagaban al barbero su estipendio al que le añadían alguna propinilla

despidiéndose el hombre siempre muy agradecido y a mí me desataban y me limpiaban con un cepillo el cogote, la frente y las orejas y me lavaban la cara para después echarme una mirada a mediana distancia, tras la cual mi madre solía decir:

- ¡Qué guapo estás! ¡Pareces un hombre!

Y yo corría a mirarme al espejo y ni me encontraba parecido a un hombre, ni me veía guapo porque siempre tuve la sensación de que me habían crecido las orejas, las cuales parecían dos soplillos a ambos lados de mi cara.

Mi padre se acercaba y de igual manera que en anteriores pelados llevaba a cabo el mismo ritual, pasando su mano por mi cabeza que al tacto parecía un cepillo y a la vez que me daba una leve colleja me decía:

- ¡El que se pela se estrena!

Y acto seguido yo respondía con un leve capón en su cabeza diciéndole:

- ¡Y el que no, un coscorrón!

Por aquel entonces el tipo de pelado era casi siempre el mismo, las diferencias radicaban más en la profundidad del corte de pelo. En verano nos lo dejaban muy cortito y no digamos en el otoño cuando coincidiendo con el comienzo de curso escolar comenzaban los picores de cabeza y los niños rasca que te rasca a todas horas, hasta que las madres descubrían que estaban invadidos por feroces piojos muchos de los cuales ya se habían permitido sembrar de liendres las matas de pelo. Al barbero se le acumulaba el trabajo y cumplía un importante papel en la erradicación de la epidemia metiendo su maquinilla hasta el borde del cuero cabelludo pelándonos casi al cero, de manera que, mirando nuestras cabecitas se nos podía leer hasta el pensamiento. Claro que también había otras fechas donde era especialmente solicitado, como en el mes de Mayo antes de las celebraciones de las primeras comuniones. En esa ocasión sí que acudían las madres a la barbería acompañando al hijo ya crecídito para pedirle

máximo esmero en su trabajo y exigirle en un tono casi amenazante que dejara a su niño como un querubín.

Recuerdo que una semana antes de mi primera comunión fui requetebién pelado por mi barbero quedando mi madre muy satisfecha con el resultado, pero la tarde anterior, cuando ya el traje de marinero estaba esperándome planchado y colgado, a mi primo y a mí se nos ocurrió jugar a los barberos con lo cual yo le corté todo el flequillo y él, tal vez más vocacional, se aventuró un poco más y trasquiló mi cabellera arruinando mi bonito peinando siendo el resultado algo inenarrable, que hoy sería de lo más original pero que a mi madre le produjo un enorme disgusto y un ataque de nervios y tras darme varios azotes en el culo con su zapatilla me llevó prácticamente en volandas tirándome de la oreja a casa del barbero, al que sorprendimos cenando para que hiciese lo que pudiera conmigo, poniéndole como única condición que no me afeitara la cabeza. El resultado es fácil de imaginar y la

conclusión es que la foto oficial de mi primera comunión se hizo en pleno mes de Agosto.

Pasaron años y años, y la barbería era un lugar familiar a donde acudía periódicamente y aunque en mi juventud se puso de moda llevar el pelo largo y pasaba largas temporadas sin mostrarle el cogote a nadie, algo que no le hacía ninguna gracia a mis padres, al final siempre volvía, como una oveja descarriada que se escapó del rebaño y se libró de esquilarse.

Las fotos que inmortalizaron los momentos más importantes de mi vida, como la de mi primer carné de identidad, la de la orla de fin de carrera o la de mi boda, siempre requirieron previamente un arreglillo de mi cabellera por parte de mi barbero.

Recuerdo de forma entrañable la primera vez que llevé a mi hijo conmigo, cuando apenas medía un palmo y le peló por primera vez mi barbero. Aquel día me demostró el dominio de su profesión, su prodigiosa memoria visual

y el conocimiento absoluto del campo de sus operaciones, al reconocer en mi hijo el mismo remolino de pelos en la coronilla que también poseíamos su bisabuelo, su abuelo y yo, todos los cuales habíamos expuesto nuestras cabelleras a la siega de su tijera.

Evidenció sobre la cabeza de mi hijo y ante mí, rasgos genéticos de mi familia en los que yo nunca habría reparado y además los recordaba de mis antepasados ya que comenzó a pelar siendo un niño, pues su profesión fue también un rasgo genético heredado desde más allá de su tatarabuelo.

Siendo su oficio tan antiguo, lo aprendió como tal y, por tanto, no solo ejercía de barbero sino que además era sacamuelas y relojero. Sí, en el siglo veintiuno he tenido la suerte de apreciar a una figura humana que más bien parecía de otra época, como el barbero que menciona Cervantes en “Don Quijote de la Mancha” o el mismísimo San Martín de Porres, o la figura que plasmó



en un lienzo Caravaggio en su pintura “El Sacamuelas” o la del charlatán que inspiró a Rossini para su opera “El Barbero de Sevilla” o la que representó Charles Chaplin en la película “El gran dictador” bajo los compases de la



quinta danza húngara de Brahms.

Ir a la barbería a pelarse significaba a la vez trasladarse en el tiempo y disfrutar observando las habilidades que generaban unas manos entrenadas por los años en la sabiduría de un oficio ancestral.

No era de extrañar que si uno llegaba temprano y aún no había nadie pelándose, encontrar al barbero arreglando un antiguo reloj de bolsillo o de pared, ni tampoco que entre pelado y pelado subiese al sillón alguien que había aguardado pacientemente su vez, con quejas y muecas de dolor, con la mano sujetando su cara cubierta por un pañuelo anudado en la cabeza, para extraerse una muela.

De niño, mientras esperaba mi turno, más de una vez presencié su faceta de sacamuelas y me impresionaba como introducía en la boca del infortunado aquel viejo alicate y tras atrapar la muela dañada, comenzaba a retorcerlo al mismo tiempo que tiraba hacia fuera con tal

fuerza que hacía levantar el culo del sillón al doliente, que más que emitir gritos daba berridos hasta entonces desconocidos por mí en la índole humana.

La barbería era un cúmulo de sensaciones de todo tipo. Allí los sentidos estaban alertados y recibían continuos estímulos. Desde los visuales al contemplar todos los presentes la “ejecución” del barbero sobre la cabeza del aventurado y sus “secuelas” en forma de mechones desperdigados por el suelo, al embadurnado con jabón de afeitar que realizaba con suma rapidez con la brocha gorda de afeitar camuflando por momentos al que se disponía a recibir un peligroso rasurado de su tez , o las miradas insistentes e impacientes del esquilado sobre el viejo espejo que por resquebrajado apenas dejaba ver el resultado momentáneo del pelado aunque sí mostraba como si fueran “Las Meninas” de Velázquez, la imagen del “artista amenazante”, moviéndose en su retaguardia con tijera o navaja en mano. El oído se reconfortaba con

las más variadas conversaciones sobre la actualidad, entre las que nunca falta el estado del tiempo o de la liga de futbol , el acompasamiento del tric trac de las tijeras o el clic clic de la maquinilla, o del frotar de la navaja con la piedra o el suavizador fino de cuero, sin olvidar los estímulos táctiles del rasurado de la cuchilla, el picor



de las pelusas o el frío seguido de escozor del bálsamo frotado después del afeitado y también los olfatorios del jabón, la brillantina o los polvos de talco que al finalizar nos colocaba en nuestro dolorido y sangrante cogote, y hasta los gustativos, cuando a los niños nos relajaba

regalándonos un caramelo “Pistolin” .

La barbería era siempre un lugar de encuentro circunstancial de personas que mientras aguardaban su turno compartían un espacio físico donde participan activamente de la vida o escena que allí se fraguaba.

Realmente era un teatro espontáneo en un local fijo, con un auditorio limitado y una función diaria, donde se representaba permanentemente una escena ante la vista de un público cambiante cuyos individuos en un momento determinado, cuando les tocaba su vez, pasaban al escenario a sentarse en un sillón y se convertían en actores secundarios, fundamentales para la continuidad de la obra, que asumía como director de escena y a la vez actor principal el barbero. Visto así, he de reconocer que era un gran director escenográfico pues mantenía la continúa atención de su público. Sabía como iniciar los diálogos con cada uno de los presentes; conocía a sus familias, sus negocios y sus problemas y le era fácil conseguir que

sus clientes participaran activamente amenizándoles la espera, a la vez que se establecía una tertulia donde se dialogaba de una forma serena y respetuosa a pesar de que los temas fuesen variados y polémicos. Aún siendo un coto masculino, salvo cuando las madres ocasionalmente acompañaban a sus hijos pequeños, apenas se apreciaban actitudes machistas, ni críticas sexistas. Dependiendo del público, podían existir diálogos más o menos profundos. A veces se trataban temas históricos, políticos, sociales o incluso filosóficos.

Recuerdo una tarde que fue a pelarse el cura con quien mi barbero mantenía una buena amistad, a pesar de sus escasas creencias. El párroco aprovechaba cada momento para intentar acercarlo a la fe y sin embargo, éste se le escabullía con sus propios argumentos. En un momento dado mientras le pelaba le dijo:

- Don Antonio, Usted me va a perdonar pero a mí me cuesta trabajo creer que Dios existe.

- ¿Y eso por qué? , le contestó el cura
- Pues porque si Dios existiera y fuese todo amor y bondad no habría lugar a las desgracias que hay en el mundo. No habría hambre, guerra ni enfermedades. No existiría el sufrimiento humano.
- Los culpables de esos problemas son los hombres cuyo comportamiento tan falto de amor conlleva a la injusticia. Si hubiese fe y siguiésemos la palabra de Dios todo funcionaria mejor, le replicó el cura
- Aun siendo así, si Dios tiene un poder infinito ¿por qué permite que actuemos así? Por todo ello sigo creyendo que Dios no existe, le replicó el barbero.

El cura no quiso perpetuar ni tensar la conversación e hizo un silencio respetuoso, que con la habilidad que le caracterizaba, el barbero supo romper, abriendo un nuevo diálogo con temas intrascendentes.

Cuando terminó su faena, el cura, que pagó religiosamente, se despidió del barbero y de todos nosotros diciendo:

- ¡Hay que tener fe!



Apenas habían pasado unos minutos cuando volvió y le dijo al barbero:

- ¡Los barberos no existen!
- ¿Qué quiere decir Usted con eso, padre?

- Pues que acabo de salir y he visto a varios hombres con mucho pelo y barbas muy largas que llevan muchísimo tiempo sin cortárselo. Si existiesen los barberos no habría personas con el pelo y la barba tan larga caminando por esas calles.
- Pero, ¡cómo dice Usted eso!, si yo mismo soy barbero. Lo que ocurre es que no me han buscado a mí ni a ninguno de mis colegas para pelarlos y afeitarnos.
- ¡Eso mismo! Dios existe lo que ocurre es que los hombres no lo buscan y por eso no lo encuentran. Si lo encontrarán, la conducta humana sería diferente y el mundo mejoraría considerablemente.

Reconozco que aquel diálogo, pura escena entre el actor principal y el secundario lo seguimos atentamente todos los presentes, que realmente constituíamos el público de aquella espontánea representación teatral que transmitía un mensaje que llegó hasta nosotros. Por

ello, pienso que en mi barbería se aprendía de la vida y a pesar de que las gentes con las que te tocaba compartir el tiempo de espera eran diferentes en cada ocasión, siempre te enriquecías de humanidad.

¡Mi barbero ha muerto! Despierto de mi abstracción en los recuerdos y vuelvo a la cruda realidad sin saber a donde acudir como alternativa a éste lugar que forma parte de mí, a este teatro del pueblo donde tenía una entrada fija en su palco de butacas y que de pronto ha desaparecido. Cuesta creer que los hombres valoramos las cosas esenciales de nuestra vida justo cuando las perdemos.

Anduve despacio, taciturno y pensativo y me desplazé muy lejos de mi barrio hacia la modernidad y allí encontré un local con un cartel que ponía: “Peluquería unisex”.

Hice por entrar pero me cerró el paso hacia su interior una señorita muy maquillada y con una entrenada

sonrisa que me dijo:

-¿Tiene usted cita?

- No, no he podido....

Sin esperar a que terminara mi frase me contestó:

- El próximo Martes a las 17 horas...

Decidí no buscar otro lugar ese día. Mi estado de ánimo no me lo permitía y me volví a mi barrio para acudir al sepelio de mi barbero.

Tras varios días volví a la peluquería donde la misma señorita me recibió haciéndome la misma pregunta por lo que deduje que no debió fijarse mucho en mí, o tal vez, no presta demasiada atención a las caras de las personas a las cuales atiende. Esta vez si pude pasar al interior donde sólo había tres clientes, dos de las cuales eran señoras que atendían en unos modernos sillones y camas electrónicas que cambiaban de posición con un mando a distancia. Nada más entrar, otra señorita me hizo sentar en uno de ellos y me preguntó si deseaba algo de beber ofreciéndome

infusiones, licores o refrescos. Después, si además del corte de pelo requería algún otro servicio como: depilación corporal, depilación de cejas, manicura de uñas, limpieza de cutis, masaje facial o tratamiento antiarrugas y no sé que más cosas, a lo que contesté negativamente. Acto seguido llegó otra señorita con un uniforme diferente y manejó los mandos de mi sillón que comenzó a tumbarse hacia atrás hasta sentir como mi codo apoyaba sobre una especie de bandeja y comenzó a mojarme el pelo con agua templada.

Me preguntó:

- ¿Qué champú desea el señor?
- ¿Con vitaminas, revitalizantes, suavizantes, anti-caspa...etc?

No la dejé terminar y le dije:

- Uno cualquiera de lo más natural.

Me preguntó si tras el pelado iba a pintarme el pelo y teñirme las canas o si prefería algunas mechas? A lo que

contesté negativamente.

Tras lavarme la cabeza me incorporé y pude apreciar a los otros clientes, distantes entre sí, cada uno en una máquina diferente. Las señoras en unos secadores muy extraños y el joven con una especie de rulos que no quise seguir mirando. No había conversaciones y de fondo sólo se escuchaba una música ambiental muy moderna y para mi gusto excesivamente rítmica y repetitiva, que más bien te ponía la cabeza como un bombo. Tras unos minutos se presentó quien habría de cortarme el pelo. Era un chico joven con uniforme verde agua, con unos pelos tiesos y con mechadas embadurnadas de gomina y con unos modales que sugerían cierto amaneramiento, escuchando música a través de unos auriculares que sólo levantó para preguntarme:

- ¿Cómo quiere el corte de pelo? ¿Lo deja a mi elección?
- ¡No!, ¡No!, ¡Por favor! Deseo que me haga

sencillamente el mismo corte que traigo que es el que he tenido toda mi vida.

De nuevo se colocó sus auriculares y no emitió palabra alguna hasta que terminó:

- ¡Ya está! ¡ Perfecto! ¡Ha quedado muy bien!

Me dio un espejo y como me ocurría en mi infancia no me gusté a mi mismo con aquel corte de pelo que en nada se parecía al anterior. Sigilosamente antes de que me retiraran el paño que me cubría tomé en mi mano un mechón de mi cabello.

Había que pagar al salir y te emitían una factura con el desglose de costes por servicios y menos mal que solicité sólo un corte de pelo pues tuve que recurrir a mi tarjeta de crédito para pagar.

Una vez en la calle me paré a pensar en mí antigua barbería y en mi barbero lamentando profundamente su pérdida. No tuve necesidad de comparar pues no procedía. Recordé la anécdota del cura cuando tras aquel debate

sobre la existencia divina se volvió y dijo: ¡Los barberos no existen!, queriéndonos hacer ver con ello que a Dios había que buscarlo para encontrarlo. En ese momento, tuve la convicción que el ejemplo del cura demostraba que los barberos son necesarios y esa es la razón de ser de su existencia y tal vez, de la misma manera, la necesidad de Dios sea la razón de ser de su existencia.

A partir de ese momento me pondría a buscar a un barbero pues su necesidad era tangible, pero ¿y a Dios?...¿lo buscaría? ...En mi interior hubo un silencio por respuesta...

Contemplé la puesta de sol y recordé al barbero cuando me pelaba en mi infancia... abrí mi mano y observé en ella el mechón de pelos, entre los que había algunas canas... Miré hacia arriba y tras decir: ¡Va por ti amigo!, lancé al cielo mis cabellos observando como se desperdigaron con el viento del atardecer...

FIN



José Miramón López nació en Arriate el 8 de Marzo de 1956. Vivió su infancia entre su pueblo y Madrid para después cursar estudios de Bachiller en Ronda y más tarde estudiar Medicina en la Universidad de Málaga.

Doctor en Medicina y Cirugía por dicha Universidad, se especializó en Medicina Interna y Oncología Médica desarrollando su actividad profesional y docente en la Serranía de Ronda. Aficionado a la historia, al arte y a la música ha escrito artículos para la prensa, revistas locales y provinciales relacionadas con temas tan diversos como la Batalla de Trafalgar, la Medicina a través del tiempo, Mozart, Alejandro Magno, el Renacimiento...etc así como algunos pequeños ensayos.

Ganador del Primer Certamen Literario de Narrativa Corta organizado por el Excmo. Ayuntamiento de Arriate en el año 2007 con el relato, "El Camafeo".

Recientemente ha escrito un relato corto con el título "La cabalgata de los Reyes Magos".

Ha impartido conferencias relacionadas con la comunicación entre médico y paciente, y sobre la vida y música de Mozart de quien se considera un ferviente admirador.

Igualmente ha fomentado la afición por la música en el pueblo organizando, gracias al apoyo del Ayuntamiento y la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, diversos conciertos de piano y de orquesta en los veranos de la villa.

Iniciado de forma tardía en la escritura en la actualidad está inmerso en el proyecto de una novela costumbrista.

Vive en la actualidad en su pueblo con el que se siente comprometido en lo profesional y en lo humano.